

» negociación en Bogotá con los agentes españoles sobre un
 » armisticio y preliminares de paz. Sólo el Perú no goza de
 » paz por no haberse entendido aún las partes contendientes.
 » Que con motivo de la negociación del Sr. Álzaga por el go-
 » bierno de Buenos Aires, y de haber propuesto la conven-
 » ción celebrada con los comisionados españoles, invita al
 » general La Serna á que pronuncie explícitamente sus dis-
 » posiciones, su avenimiento ó su repulsa á estos trata-
 » dos » (14). Jamás se hizo un elogio más cumplido de la
 oportunidad y alcance del plan de Rivadavia en sus relacio-
 nes con la política general y los intereses americanos, por
 el mismo que más amargamente lo ha criticado.

III

La situación que en los comienzos del año de 1824 atrave-
 saban los independientes en el Perú, era precaria. Apenas
 conjurado el peligro de la guerra intestina, la traición minaba
 sus elementos y los enemigos estaban militarmente prepon-
 derantes. El ejército realista constaba de 18,000 hombres dis-
 ciplinados, poseídos del legítimo orgullo que les daban sus
 recientes triunfos, — 4,000 hombres ocupaban con Olañeta
 el Alto Perú; 3,000 formaban el ejército del sud acantonado
 en Puno y Arequipa; 8,000 el del norte, situado en la sierra
 del centro y norte: 1,000 en el Cuzco y como 3,000 disemi-
 nados en diversas guarniciones. El ejército independiente
 de las cuatro naciones aliadas, apenas pasaba de 9,000
 hombres: de los cuales, 3,000 peruanos, 4,000 colom-

(14) Carta del secretario de Bolívar, Espina, al coronel Heres, de enero
 11 de 1824. Véase Paz Soldán (« Hist. del Perú Indep. » (2.º período),
 pág. 183 y 223).

bianos (15), 1,100 chilenos y 1,300 argentinos (16). Bolívar
 urgía por nuevos refuerzos de Colombia y reconcentraba su
 ejército en Pativilca á 187 kilómetros al norte de Lima, con
 ánimo de abrir campaña sobre la sierra del centro, buscando
 la victoria por el camino trazado por Arenales.

En medio de esta incierta situación tuvo lugar un aconte-
 cimiento desastroso que hubo de decidir, — al menos por el
 momento, — de la suerte del Perú. Los independientes per-
 dieron las fortalezas del Callao, ganados por el genio estraté-
 gico de San Martín, en momentos en que la España hacía es-
 fuerzos por reconquistar su perdido dominio en el mar Pací-
 fico. Casi simultáneamente, el presidente titular del Perú,
 Torre-Tagle, se pasaba á los españoles, arrastrando tras sí
 una parte de las fuerzas nacionales, y los españoles ocupaban
 á Lima.

Guarnecía los castillos del Callao un batallón de Colombia.

(15) Esta es la cifra que da el secretario de Bolívar en nota de fecha 22
 de diciembre de 1823 al vice-presidente de Colombia; dice: « Es extre-
 » madamente embarazosa la posición en que se halla el Libertador, no
 » contando más que con cuatro mil colombianos » (« Docs. para la Hist.
 del Libertador », t. IX, núm. 2314).

(16) Tomamos este último dato de un estado de fuerza, fecha 31 de
 octubre de 1823, remitido por el general de la división de los Andes, En-
 rique Martínez, al Gobierno de Buenos Aires, que original existe en el
 archivo general, y cuya copia autorizada se encuentra en el Archivo San
 Martín, vol. II, M. S. Su detalle es el siguiente: — Regimiento del Río de
 la Plata, tropa 622; Batallón núm. once, 351; Regimiento Granaderos á
 Caballo, 353, además de 95 jefes y oficiales que hacen un total de 1,321
 hombres. — En una carta del mismo general Martínez al general Sucre, de
 11 de mayo de 1823, publicada en el núm. 69 de la « Revista de Buenos
 Aires », se da el siguiente conjunto de las fuerzas argentino-chilenas: —
 Chilenos, 1,148; argentinos, 1,090. — En la nota 13 del cap. XLVIII, dimos
 el cómputo de la fuerza argentina existente en el Perú el 30 de junio de
 1822, al marchar á la expedición de puertos intermedios, cuyo total era
 entonces de 1,911 hombres. — El historiador peruano Paz Soldán, dando
 al Perú tan sólo 3,000 hombres y 3,800 á Colombia, no computa las fuer-
 zas auxiliares de Chile y de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sin
 embargo de mencionarlas más adelante. (Véase « Hist. del Perú Indep. »
 (2.º período), pág. 225 y 229-230.)

Queriendo reconcentrar en el norte todas las fuerzas colombianas que constituían el nervio del ejército aliado, dándole por base la frontera de Quito de donde esperaba mayores auxilios, dispuso que fuesen cubiertos por los batallones argentinos que á la sazón guarneían á Lima. La división de los Andes se había puesto bajo la protección del gobierno de la provincia de Buenos Aires, como representante de la Nación Argentina. « Nos hallamos en circunstancias dolorosas, » — decían sus jefes, — al ejecutar este acto. Desde la » disolución de las Provincias Unidas, no tenemos un go- » bierno central que nos ampare y regle la conducta militar » y política que debemos observar en la guerra que hacemos » en el Perú á los enemigos de la libertad de la América, y » que recomiende alguna vez á la posteridad los marcados y » señalados servicios de nuestro ejército » (17). Su situación era en verdad triste, como lo dice el acta. Lejos de la patria, después de diez años de campañas en tierras extranjeras; los soldados argentinos, desnudos, impagos y sufriendo hasta hambre (18); odiados por los peruanos, como lo eran los

(17) Acta de los jefes y oficiales de la división de los Andes de 20 de marzo de 1823 en Pueblo Libre, pub. en el núm. 53 del t. II de « El Argos de Buenos Aires », de 9 de julio de 1823, juntamente con el proyecto de ley del gobierno tomándola bajo su protección, y que fué sancionado por la legislatura.

(18) « Los jefes primeros de los cuerpos me dirigieron una representación, suficiente á convertir la compasión de una oficialidad, cuyo sufrimiento y valor tenía que ceder á las instigaciones de la miseria, » porque el hambre no daba treguas, y la desmoralización tomaba » cuerpo ». (*Exposición documentada que el general Enrique Martínez presenta de las causas de la insurrección de las tropas de los Andes en las fortalezas del Callao*). Debe decirse empero en honor de la justicia, que Bolívar procuró mejorar su condición en este sentido, pero el gobierno del Perú no lo atendió debidamente. El general E. Martínez en la « Exposición », transcribe el texto de una comunicación oficial de 1.º de diciembre de 1823, en que dice: « Cuando el Libertador señaló las » raciones que debían suministrarse al ejército, fué en concepto á que

chilenos y colombianos, y lo son siempre los soldados libertadores que pesan sobre un país; huérfanos del gran general que los había conducido á la victoria, relegados á retaguardia con humillación después de haber ocupado la cabeza de la columna revolucionaria, y sin un gobierno que los amparase, la división de los Andes en 1824 era un cuerpo sin alma. Además, sus bajas en este largo lapso de tiempo, habían sido reemplazadas con negros libertos del Perú, lo que le había hecho perder su antiguo espíritu.

En cumplimiento de lo dispuesto por Bolívar, el regimiento Río de la Plata, el batallón núm. 11 de los Andes y una brigada de artillería de Chile pasó á ocupar el Callao. El general Alvarado fué nombrado gobernador de los castillos. El jefe colombiano negó la entrada á la división como á tropa sospechosa, y tuvo que acampar durante seis días al raso al pie de las murallas, hasta que una orden terminante de Bolívar la hizo penetrar al recinto fortificado para deshonor de ella y de su patria (11 de enero de 1824). Formaban parte de la guarnición, además de la artillería de Chile, una compañía colombiana y el cuadro de un batallón peruano.

En la noche del 4 al 5 de febrero, se sublevó silenciosamente la guarnición del Callao, cuyo mayor número lo formaban las tropas argentinas, como queda dicho. La causa más inmediata del motín (además de las ya apuntadas), fué la falta de pago en más de cinco meses, á lo que se agrega, que en el día anterior habían sido abonados los sueldos de los jefes y oficiales, sin que se acordasen de la tropa. Operada la sublevación, aparecieron á la cabeza de ella los sargentos Dámaso Moyano y N. Oliva, pertenecientes ambos al regimiento Río de la Plata, que formaba su núcleo. Uno de

» además de éstas recibía un real diario de socorro; y careciendo en la » actualidad de este auxilio, aquella pensión no le es suficiente para su » manutención ».

ellos era natural de Mendoza y el otro de Buenos Aires; habían hecho todas las campañas del ejército de los Andes, distinguiéndose por su valor más que por su inteligencia. El primer paso de los sublevados fué apoderarse de la persona del gobernador Alvarado, y de todos los jefes y oficiales de la guarnición, que fueron puestos presos. Los amotinados no tenían plan: no acertaban á dictar una medida, ni á dar dirección al movimiento. Una parte de la tropa arrastrada por la sorpresa, y otra arrepentida tal vez, volvía instintivamente sus ojos hacia los jefes que por tantos años estaba acostumbrada á obedecer. El motín no tenía un objetivo declarado que pudiese mantener unidos 1,500 soldados mandados por dos sargentos sin cabeza. Al principio se contentaban con recibir cien mil pesos á cuenta de sus haberes y regresar á su país. Más tarde pidieron plazo para resolver. El gobierno perdió tiempo en satisfacer estas demandas, y cuando accedió á ellas, ya era tarde. La soldadesca, emancipada del freno de la disciplina, se entregaba á los mayores excesos, no bastando ya á contenerla la autoridad de los nuevos caudillos. Moyano, que como más audaz asumió el mando superior, se encontraba desmoralizado en medio de su triunfo: veía desorganizarse los elementos que había desencadenado y tenía delante de sí la perspectiva del cadalso. Oliva, menos arrojado, pero más sagaz, tuvo en aquel momento la inspiración funesta que decidió de la suerte del Callao.

Hallábase entre los prisioneros españoles encerrados en las casamatas del Callao, el coronel José María Casariego, hombre de carácter firme y de gran presencia de espíritu. Había le conocido en Chile el sargento Oliva, y persuadió á Moyano, que debían dirigirse á él para que los aconsejase en aquel difícil trance. Moyano acogió la idea, y ambos se dirigieron en silencio á los profundos calabozos donde descansaba Casariego, ajeno á la revolución que se operaba en su destino.

Comprendió desde luego todo el partido que podía sacarse en favor de la causa del rey de aquel suceso y de aquellos hombres ignorantes; pero se guardó de manifestarles todo su pensamiento. Limitóse á aconsejarles que trasladasen todos los prisioneros españoles de quienes nada tenían que temer, al cuartel de la puerta del Socorro, que estaba en contacto con los amotinados, y encerraran en las casamatas á los oficiales patriotas, aislando así la tropa para prevenir una reacción. Casariego fué desde este momento el verdadero jefe del movimiento.

La indisciplina y el desorden subían de punto. Mientras tanto, el astuto Casariego, que se había insinuado con Moyano y Oliva respecto de la necesidad de dar al movimiento un carácter reaccionario, y los encontró vacilantes, se aprovechó con habilidad de aquel momento. Pintóles con negros colores lo que tenían que temer de los patriotas, después del paso que habían dado, presentándoles del modo más halagüeño las recompensas que debían esperar del rey, si levantaban en los castillos la bandera de España. Persuadidos los dos caudillos, que no tenían otro camino de salvación y encendida de súbito en sus almas la ambición de la grandeza, insinuaron artificiosamente á la tropa que éste era el único medio de regresar á Buenos Aires y á Chile. Los prisioneros españoles fueron puestos en libertad. Moyano se declaró jefe superior con el grado de coronel en nombre del rey. Oliva fué nombrado teniente coronel. Casariego quedó asociado al mando político y militar. Dióse nueva forma á los cuerpos y los oficiales españoles se pusieron á su cabeza (19). Se hizo

(19) Moyano y Oliva llegaron á ocupar altos puestos en el ejército español, muriendo rodeados de honores. Casariego fué mal recompensado de sus servicios. Por mucho tiempo vivió de limosna en los conventos de Lima, y murió en la oscuridad y la miseria, sin que el rey de España se acordase del hombre á quien debió la recuperación de los castillos del Callao.

una promoción general de oficiales entre los cabos y sargentos y se ofició al general Canterac poniendo á su disposición las fortalezas y la guarnición del Callao. La bandera española fué enarbolada en el torreón « Independencia » con una salva general de los castillos (7 de febrero). Un negro, soldado del regimiento Río de la Plata, nacido en Buenos Aires, llamado Antonio Ruiz (por sobrenombre *Falucho*), que se resistió á hacerle los honores, fué fusilado al pie de la bandera española. Murió gritando : ¡ *Viva Buenos Aires!* grito que repetirían todas la víctimas de esta catástrofe (20).

(20) Véase por vía de simple referencia, en nuestros « Episodios de la revolución argentina » (publicados sueltos en los diarios), los que llevan por título « *Falucho* » y « Sorteo de Matucana ». Algunos han puesto en duda la muerte de *Falucho* en esta ocasión, y otros han llegado hasta negar su existencia, aunque no públicamente, por no tener pruebas en qué apoyarse. La existencia y la muerte del negro *Falucho*, está comprobada : 1.º Por el testimonio verbal del general E. Martínez, que mandaba la división de los Andes, quien nos lo dió en Montevideo en 1839, juntamente con una copia manuscrita de su « Exposición », cit. 2.º Por el testimonio de los coroneles Pedro José Díaz (á cuyo cuerpo pertenecía *Falucho*) y Pedro Luna, en Buenos Aires en 1836, ambos oficiales de la división de los Andes al tiempo de la sublevación del Callao. 3.º Por el testimonio escrito del coronel Juan Espinosa (natural de la Rep. del Uruguay), que pertenecía á la división de los Andes, y tomó además informes directos del coronel Casariego, que se hallaba en Lima, cuando aquél publicó su libro titulado « La herencia española », en que se registra un episodio histórico sobre la sublevación, donde dice : « Es preciso hacer justicia á la tropa, que triste y violenta, se vió, sin haberlo jamás pensado, al abrigo de un pabellón contra el que había combatido catorce años. El centinela que estaba en el baluarte de Casas-matas, y cuyo nombre sentimos no recordar, pero que se distinguía en el ejército con el nombre de *Falucho*, cuando se le mandó presentar las armas al pabellón español, exclamó : « que no podía hacer honores á un pabellón contra el que había peleado siempre », y tomando su fusil contra el cañón, lo rompió contra el asta de bandera, entregándose al más acerbo dolor. Tan heroica acción de fidelidad, fué premiada en el acto con el último suplicio, y el valiente *Falucho* murió por sus principios, dando ejemplo de patriotismo », ofi. cit., pág. 244. — Pero no sólo hubo un *Falucho* en el ejército de los Andes, hubo dos, y los dos negros, lo que indicaría que era éste un sobrenombre genérico que se daba á los héroes desconocidos de esta

El regimiento de Granaderos á caballo de los Andes, que se hallaba en Lurín, en el valle de Cañete, contaminado por elejemplo, se sublevó también y marchó á incorporarse al Callao, sin darse cuenta de la trascendencia del movimiento (14 febrero). Al ver flotar el pabellón español en las murallas, los soldados volvieron sobre sus pasos, y pusieron en libertad á sus jefes depuestos. Los más comprometidos, persistieron en su propósito, y volvieron las armas contra sus antiguos compañeros. Quedó empero un núcleo de ciento veinte Granaderos fieles, que en representación de la República Argentina asistirían á las últimas batallas de la independencia sud-americana. Así quedó disuelto por el motín y la traición, el memorable ejército de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

IV

Canterac, inmediatamente de recibir la noticia de la sublevación del Callao, desprendió de la sierra una fuerte división de las tres armas, al mando de Monet, la que unida á la división de Rodil que ocupaba el valle de Ica sobre la costa, debía apoyarla y ocupar á Lima. La capital fué evacuada por

valiente raza, que formó el núcleo de la infantería en las guerras de la independencia. En carta del general Miller á San Martín, de 20 de agosto de 1830 en Lima, le dice : « Es muy recomendable la memoria » y gran amor que le conservan sus antiguos soldados. Entre ellos se han distinguido el morenito *Falucho*, que era de la compañía de cazadores del 8.º y tomó una bandera en Maipú ». San Martín contestó á Miller con fecha 10 de julio de 1831, desde París : « Le aseguro que he tenido una verdadera satisfacción con la noticia que me da de la existencia del célebre y nunca bien ponderado *Falucho* ». M. S. S. (Arch. San Martín, vol. LXX.)